

CARTAS DE MARTÍ

El Día de Gracias.—Cómo era entre los colonos, cómo fue entre sus hijos, cómo es hoy.—Nueva York de fiesta de familia. Costumbres, procesiones, espectáculos.—Homenaje a Adelina Patti.—Los tres veteranos.—Las fiestas de este invierno.—Los teatros. Henry Irving en Hamlet.—El New York nuevo.—Una escena del *foot-ball*.—Los Colegios y los ejercicios físicos.—Una lectura de dos escritores famosos.—George Cable, el novelista del Sur.—Mark Twain, el primer humorista norteamericano.—Sus antecedentes, su carácter, su carácter literario, sus viajes, sus libros.

Nueva York, 27 de noviembre [de 1884].

Señor Director de *La Nación*:

Es día de dar gracias. Los peregrinos puritanos, que en estatuas de bronce y en el lugar mismo en que desembarcaron debieran haber perpetuado sus hijos, trajeron de la sagrada Holanda, corazón de la libertad, la conciencia humana en salvo, y la costumbre amable de reunirse un día cada doce meses alrededor de la mesa de familia, a dar gracias al Todopoderoso, con el cuchillo levantado sobre los manjares domésticos, por los beneficios y sucesos del año. Del escándalo reinante en la corte inglesa, que hizo necesaria para mantener el equilibrio del espíritu de la nación la resistencia puritana, puede juzgarse todavía por la austeridad, cómica a veces de puro excesiva, con que los descendientes de los peregrinos rehuyen toda fiesta y práctica mundana: mucho debieron dar las damas de Isabel, cuando, como de rechazo de aquellas liviandades, las damas cuáqueras se resisten aún hoy a dar la mano.

Aquella gente templada y adusta no se juntaba en el Día de Gracias, como nosotros en nuestra Nochebuena, a festejar y regocijarse: el ojo negro es alegre: el ojo azul es triste. Tenían el cabello castaño, como el roble, ásperos los vestidos, como el carácter: el rostro huesudo, como las costumbres. Se juntaban los viejos colonos, bajo el techo que habían levantado con sus mismas manos, a alabar al Dios grande que no deja morir la virtud entre los hombres, a poner las palmas callosas sobre los hijos y los nietos, a oír con la mano recogida en ademán de meditación sobre la frente humillada la homilía fervorosa del padre de la casa, y a orar por los desaparecidos de la vida, sobre la Biblia en cuyas páginas señala sus nombres una línea negra. Con la contemplación de este universo nuevo, las emociones de la guerra de independencia, las pláticas y contacto de la gente francesa que les ayudó al triunfo, y el alejamiento de la época disoluta que engendró la protesta puritana,—se fue ablandando la mesa de familia, que vino a ser al cabo mera ocasión de juntarse en torno de los pavos monumentales, y ponderosa repostería, y riquezas de la despensa familiar, que en ese día del año mostraban con gran orgullo a su parentela las abuelitas hacendosas. Todo el día era de comer: para el desayuno, pollo hervido en salsa blanca, y panetelas, y pastel de calabaza, rociados con sidra: para la comida del mediodía, que era la momentosa, ¡qué pavo, y con qué adornos! ¡qué pastel formidable, especioso, macizo y carnidulce! ¡qué pudines de pasas, y las peras de agosto, y los melocotones de septiembre, y los membrillos que le siguen, bien guardados en frascos de vidrio por las damas cuidadosas para que den fe en estas fiestas de sus artes caseras! De noche eran las nueces y las manzanas, y juegos inocentes, y de nuevo la sidra.

Ahora, con haberse vaciado en el pueblo neoinglés, la gente hambrienta, descreída y festosa de la tierra europea, no es el Día de Gracias, en New York al menos, la fiesta casera; sino un suave modo de que los amantes se reúnan, las mesas se engalanen, trompeteen y procesionen los chicuelos, se abran de tarde los teatros, coman los pobres de limosna, y descansen todos.

¿Qué se ha perdido en el cambio? Un día de fiesta es un beneficio público. Los días de fiesta reponen las fuerzas y suavizan las iras.

El último jueves de noviembre es el usualmente señalado por el Presidente de la República y los Gobernadores de los estados para que las labores se interrumpan, y sea el pavo comido, y loado por la paz y prosperidad de la República el buen Señor. Ya el miércoles de tarde, los mercados rebosan: no hay brazo sin cesta: éntrese en un vagón, y óyese cierto ruido de alegría; este lleva rosas; aquel, ganso; el otro, pollo. En torno de las madres dichosas, que esquivan los dulces, los pequeñuelos ríen y pían. Los rostros se suavizan. Los desconocidos se hablan y sonríen. Los maridos salen de compras con sus mujeres. Los amantes cuchichean y se aprietan. Todo el mundo lleva algo a sus casas. Todo el mundo es bueno. Y hoy jueves, amén de la de comer, que es grande, todo es fiesta. Las cuadrillas de jugadores de pelota vienen de los colegios del interior a disputarse en concurso público el premio: unos juegan acá a la pelota de pies: otros allá a la de manos, o a los bolos, o a los juegos de prado y jardín que privan entre los ingleses.

Los panoramas, llenos de banderas, invitan a los transeúntes a ver la batalla de Yorktown, en que el inglés se rindió a Washington, o la de Tetuán, donde brilló entre los árabes Prim famoso. Los teatros, dan función de gala, y es moda ir hoy a ellos; y como en España no hay Día de Difuntos bueno sin *Don Juan Tenorio*, no hay acá novia neoyorquina que se crea bien querida si no la lleva su novio en el Día de Gracias a reír en el jubileo aristofánico de Tony Pastor, empresario de bufos, que en sus chanzas, canciones y sainetes saca siempre a lucir las cosas públicas, y los vicios o manías en boga de los gobernados y el gobierno.—¡Qué formidable sacudida sería la de esta tierra, si alguna vez quisiese cabalgar en ella un tirano! ¡Parecería como si se levantase, despidiendo tempestades la trompa, y reluciendo como cometas los colmillos, un elefante que cubriese desde la bahía del Hudson hasta la Patagonia! Pero este jueves de noviembre, no hay miedo de que el tirano asome,—que están llenas las calles de soldados. Las calles parecen páginas de Thackeray. Esta sí que es gentil soldadesca. ¡Qué bravo viene el capitán, con su sable de hoja de lata recostado en el hombro, y banda tricolor sobre camisa blanca al cinto; y cachuchilla blanca, y polainas de cuero! El que lleva el tambor pesa; pero no más que el tambor! Son los veinte chicuelos de la cuadra, que pusieron a sus madres a coser, y se hicieron para hoy este uniforme, con el que van de calle en calle, echados los brazos por los hombros, acompañados de pífanos y trompetas; y seguidos de todo el Liliput del barrio, que como por ensalmo se entra en fila, y marcha a paso lento y grave detrás de los venturosos del uniforme! Pero ahora viene otra compañía, que es aún mejor. La debilidad enamora, aun a los niños crueles: pues ¿a quién han hecho el capitán de la farsa? Lleva un casco de felpa colorada, gabán que llega al suelo, polainas de estambre rojo, al hombro el sable en su vaina, y un respeto como de rey en torno suyo, porque sus tropas lo miran con ternura, y él, que no sonríe de puro orondo, tiene tres años. Bueno es acabar aquí el cuento de esta fiesta: ¡ojalá todo acabara en un niño!

Otra procesión hubo anoche. No fue por Cleveland, que ha reunido para la fiesta casera a sus hermanas, de las que una ¡qué hermosura! gana su propio pan dando clases de historia:—pero esto no lo hemos de envidiar a los norteamericanos; ni, en verdad, tenemos que envidiarles virtud alguna: presidente mexicano hay vivo, que fue alteza en su tiempo, y no ha tenido a menos poner luego, en la calle de México más hermosa, una tienda de menudencias y chocolate: y él vendía, y su mujer ilustre lo ayudaba.

Ni fue la procesión por Blaine, avisado e indómito, que no bien es derrotado, sale al balcón de su casa a responder a sus vecinos que le saludan, con un terrible programa de batalla, en que apunta de nuevo con habilísima malicia al Sur triunfante: ya toma casa en Washington, porque la suya suntuosa la tiene alquilada: ya congrega a sus amigos, y echa redes, para que en la próxima elección presidencial lo escoja de nuevo como su abanderado el Partido Republicano.

Ni fue la procesión para celebrar, como otros años, el día en que los ingleses vencidos abandonaron a New York,—porque este año, con llanto y rabia de los tres

veteranos que acudieron a la ceremonia, no hubo en ella más que los tres y una banda de tambores, con los cuales, para oprobio a la gente de alma fría, emprendieron la marcha Broadway arriba, y se fueron a gustar en silencio la comida llana de una fonda pobre: lloraba por el camino el más viejo de los tres veteranos: «¡que así olvide New York, decía, sus glorias!» La procesión era en honor de esa benéfica y armoniosa criatura, que como ave mensajera de la vida futura, echa al aire sus notas: de Adelina Patti. Veinticinco años hace que, niña aún, cantó por primera vez en ópera, en este mismo teatro y ciudad, que la miraba como gala suya. Cantó *Lucía*, y enamoró a la gente.

Y es hoy tan pizpireta y elegante, y es su voz tan arrobadora y flexible, como entonces. Cantaron *Marta* anoche; y al acabarla, no se levantó la concurrencia, sabedora de que se preparaba un homenaje: en uniforme de lujo venía, desde el fondo del escenario, por entre las aldeanas del coro, la banda del regimiento de los petimetres y gente de pro, que es el séptimo de milicias, que viste gris y blanco y es galano: y mientras rompía la banda en una marcha de la Patti misma, y agitaban de palcos y butacas ramos de flores y pañuelos hombres y mujeres, abríase el telón en el fondo del teatro, y sobre el nombre de la Patti, en letras encendidas, apareció una colosal águila de luz. En las puertas del teatro, piafaban los cuatro caballos blancos de un coche de gala: encendiéronse centenares de antorchas: hízose procesión espléndida: por más de media legua la acompañaron a pie, con incesantes hurras, damas en traje de teatro, caballeros de frac, larga hilera de coches vacíos: magia grande la de esta criatura que deshiela estas almas nortañas, criatura gentil, hecha de alas de pájaro.

Para fiestas, este invierno en New York. Esta es la estación de los teatros, bailes y lecturas. De ópera, hay dos casas: una, de ópera italiana: otra, alemana, donde con artístico relieve desfilan ante un público ceñudo las figuras, resplandecientes y vagas como las nebulosas, de las leyendas de Wagner: parecen una cohorte de guerreros de plata, que suben por un cielo oscuro en el lomo de un inmenso cisne. En comedia, renueva sus laureles, que comenzó a ganar ha sesenta años, un Wallack famoso, que hace aún de galán barbilindo y demoledor de damas, sin que le pesen ni la voz ni el gesto, que no desdican, por cierto, en la discreta sala, todavía perfumada con las ingenuas y señoriles gracias de la Langtry. En drama, aquí están Henry Irving y Ellen Terry.

Fluidos hoy como la flor de su arte en Inglaterra: ambos exagerados y angulosos, dominadores y grandiosos ambos. Él anda a trancos, y habla a sacudidas. Peca ella a veces de varonil bravura. Pero, a los cuidados de un arte sesudo, unen ambos el divino demonio, que de zancos y tartamudeces se burla, y quema el alma, y se sale de ella, y conquista las almas. Deja Irving a veces a su público jadeante y sudoroso, como si la concurrencia entera hubiera experimentado las angustias que torturan al personaje en escena.

Ahora hace *Hamlet*, el universo *Hamlet*. No lo hace como Booth, que lo atenebra y esfuma; sino como Rossi, que llora y mata. A aquel *Hamlet* amargo, como treinta años de vida, no lo alcanza Rossi: pero al vaporoso, al filial, al vengador, al humano, lo realza de manera que parece que está aún vivo, detrás de los bastidores, esperando a dar la enhorabuena a su actor favorito, el cráneo de Shakespeare—en donde cupo el alma humana. Y operetas, de Francia y de Alemania y de Inglaterra; y comedias domésticas, en que se imitan, con tramas inocentes y burdas, los caracteres varios, y en su mayor parte groseros, que echa sobre este país el mundo ansioso.

La misma comedia se hace a un tiempo en alemán y en inglés. Dos teatros rivales ponen en tablas con casa llena el último baile del Edén, mas sin aquel salón de bailarinas, que centellea como la espuma del champán, sin aquel fondo de polvo de oro de los teatros de París, que hace amable la vida. Vuela aquello, esto pesa. El placer es allá un arte, aquí una faena. La raza autóctona se ha ido aquí afinando, y desapareciendo. De las invasoras que la acorralan y la reemplazan, nace un americano carnudo y búfago. Paga, y pega. Para tres cosas tiene el puño: para acaparar, para

dispendiar, para anonadar. Quiere vaciar donde lo vean lo que gana donde no lo ven. Su placer mayor, acaso su placer único, es que lo vean. Nada envidia, sino la fortuna. Se vende, y cree que todo se compra. Cuanto necesita, un vestido como un alma, lo paga. Por fortuna, la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena, y al olor del mercado vienen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música.

De aquí a algún tiempo, sucederá que esta gente bovina tendrá vergüenza de serlo a la sombra de tanta casa bella, a los ojos de tanta mujer culta, en las ventanas de tanta librería suntuosa; y se sentirá domada, y entregará a Dalila sus cabellos. Las artes, que son el elemento femenino del espíritu, se entran sutilmente por las almas forzudas de los hombres, y las postran. De castillos feudales, de palacios rosados, de mansiones de pórvido, se está adornando Nueva York aprisa, como mujer que entra al gran mundo adelantada en años, y toma con desorden y a gran precio maestros de artes mundanas, que no logran quitarle de súbito aquella rustiquez y atolondramiento que delatan a los advenedizos. Es la cultura sutil como el aire, y más es vaporosa que visible, y es como un perfume. Pero ya es señal de ella el desearla, y New York anda en esto. Los teatros, más que divierten, fatigan, porque falta entre los concurrentes aquella compenetración de almas que hace inolvidables y fortalecedores los goces de la escena. Cada alma se queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos hay que empujar de encima, como un velo de plomo, para dar paso al pensamiento que quiere salida, y cae no bien la busca, quebradas contra el muro las dos alas.

Esa buena gente de New York, de la raza nativa, más astuta que pródiga, que hace gala de su moderación y sanidad, llenaba ayer mismo un salón de conferencias donde aparecían a recitar y leer trozos de sus obras dos de los escritores más famosos de los Estados Unidos. Mark Twain es el nombre de pluma de uno de ellos, que en persona real se llama Samuel Clemens. George Cable era el otro, un Pérez Galdós neorleanés, como él minucioso, trabajador como él, como él patético. No son hijos de libros, sino de la naturaleza. Esos literatos de librería son como los segundones de la literatura, y como la luz de los espejos. Es necesario que debajo de las letras sangre un alma.

Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánima, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible. Era en arena abierta, como en Roma. Luchaban, como Oxford y Cambridge en Inglaterra, los dos colegios afamados, Yale y Princeton. Mujeres, abrigadas en pieles de foca, ricas en pedrería, hubo a millares. Naranja era el color de Yale, y el de Princeton azul; y cada hombre llevaba su color en el ojal de la levita, y cada mujer una cinta al cuello. Caballeros y damas, de seda exterior vestidos, mas sin seda interior, se apretaban contra las cuerdas que cerraban la arena. Detrás de ellos, coronados de gente, doble fila de coches, como en las corridas de caballos. El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo, calzón corto, zapatilla de suela de goma: ¡todo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!

A las dos comenzó el juego: a las seis no era aún terminado. Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de este deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Este pega: aquel acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola, para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trenzados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas, como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del montón, el infeliz capitán de Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida: gira sobre su cabeza, apoyado en un calcañal, con el cuerpo en comba; se revuelca sobre su estómago; muerde la tierra; se

mesa el pecho, como si quisiera arrancárselo a tajadas; y lo recogen del suelo, con un tobillo junto de la barba.

Agoniza en la arena, y lo sacan en brazos. El juego sigue, y el vítor, y el aplaudir de las mujeres. A otro le cuelga el brazo dislocado. A otros les corre la sangre por los rostros. Y pujan, y arremeten, y se revuelven y retuercen sobre la bola, y uno se queda exánime, cuando el montón clarea, con los brazos tendidos, y la vida en vilo. Dos jugadores se arrodillan a su lado, le sacuden el pecho, le golpean sobre el corazón; cambian con él alientos: ya está en pie, tambaleando. Las mujeres lo saludan y vocean: todo el aire es pañuelo. Toma otro su lugar, y sigue el juego.—Si el día no acabase, no cesaría. Yale vence. No se pregunte por los nombres de los combatientes, muchos de ellos de casas famosas. El lucimiento mental se desdeña, y se apetece el brío del músculo. En los colegios befan a los aplicados, y admiran y regalan a los fuertes. Alarmados, comienzan este año los colegios a poner coto a estos alardes físicos. Ya no habrá este año en Harvard pelota de pies. Pues los niños en Boston, de donde es el púgil Sullivan, ¿no han empezado a ir al matadero público, a beber tazas de sangre, porque a uno de ellos, que peregrinó por ver una pelea del púgil, le dijo este que para ser fuerte bebía sangre? Y se escapan de las escuelas, y van a ver, en su taberna, llena de cuadros lascivos, al bostonés formidable que de una puñada abate un cráneo. Su cara es roja e informe, como un bulbo. Cuando pasa por los pueblos, a dar fiestas de boxear, la gente sale a los caminos, y lo reciben en diputación, y lo aclaman. Vale más que volvamos los ojos a la casta mejor, que mantiene en salvo la honradez de la nación, que fue la que determinó la elección de Cleveland, que influye en la plataforma colegial y en la sagrada, que acudió a oír a Mark Twain y a George Cable.

Ya no son los rostros inexpresivos y las cabezas redondas de las calles; en los vestidos se nota sobriedad elegante; luz en los rostros; en las cabezas, aquel tamaño, desigualdad y carácter que dan las varias ocupaciones del pensamiento. Lo mejor de New York ha ido al salón. No es de perder la noche en que se presentan en público el humorista célebre, y el novelista perspicaz del Sur.—Mark Twain escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómine, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfígar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

De impresiones viven las letras, más que de expresiones. ¡Escombro, escombro! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las letras; sino misionero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frasea la inspiración de aquel, y la diluye, la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria: y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e

influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave del nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y en América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regaladas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada o amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original le cautivaba. «Mark Twain», decía la voz de mando muchas veces: «En dos brazas»—y no bien empezó, con su burlón desembarazo a contar lo que había visto por el mundo, y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmó con el grito del Mississippi: «Mark Twain». Luego anduvo, de secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de observarlo en otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que ven todo, a la luz de sus propias llamas o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y estos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama, y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort. Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias gloriosas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo

ve como una mosca: no lo ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arriba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el albornoz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido: dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la rebusca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le han complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: *Los inocentes en viaje*; *Los inocentes en casa*: *Un vagabundo en viaje*, que lleva por cierto a un tirabeque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una tromba de chistes. *El Fígaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo [no] es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía: la nariz, aguileña y luenga, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas, como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros.

Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 11 de enero de 1885.
[Fotocopia en CEM]